

IT'S SO EASY

(Y OTRAS
MENTIRAS)

DUFF
MCKAGAN



LIBROS CÚPULA

**IT'S
SO
EASY**

**(Y OTRAS
MENTIRAS)**

**DUFF
McKAGAN**

LIBROS CÚPULA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Publicado originalmente en inglés por Ebury Press (Simon & Schuster) en 2011.

© del texto: Duff McKagan, 2011

© de la traducción: Rocío Valero

© de la imagen de cubierta: Getty Images / Metal Hammer Magazine

Nos hemos esforzado por confirmar y contactar con la fuente y/o el poseedor del copyright de cada foto y la editorial pide disculpas si se ha producido algún error no premeditado u omisión, en cuyo caso se corregiría en futuras ediciones de este libro.

Primera edición: septiembre de 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-2810-7

Depósito legal: B. 17.797-2020

Impresor: Gómez Aparicio

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

ÍNDICE

Nota del autor	11
Prólogo	13
Primera parte. Llamando a las puertas del cielo	19
Segunda parte. Un gofillo de la calle	103
Tercera parte. Colgado	173
Cuarta parte. Miraba la noche y solo veía oscuridad	217
Quinta parte. Un buen día para morir	279
Sexta parte. Tú iluminaste la oscuridad, mi corazón arrasado	337
Séptima parte. Caer en pedazos	377
Octava parte. No se puede abrazar un recuerdo	409
Agradecimientos	443
Índice onomástico	447

CAPÍTULO 1

Yo conozco a muchos drogadictos. Muchos han muerto o siguen viviendo lastimosas vidas. En muchos de ellos, cuando tocábamos música juntos, de chavales, y mirábamos hacia el futuro, yo observaba un formidable gusto por la vida. Porque nadie se pone por objetivo acabar siendo alcohólico o drogadicto.

Hay gente que puede experimentar durante su juventud y vivir para contarlo. Y hay gente que no.

En la época en que Guns N' Roses se introdujo en la conciencia colectiva, yo adquirí fama de *gran* bebedor. En 1988, la cadena MTV emitió un concierto en el que Axl, como solía, me presentó como Duff McKagan *el Rey de la Cerveza*. Al poco tiempo, una productora que estaba preparando una nueva serie de animación me llamó para preguntarme si podían bautizar con el nombre Duff una marca de cerveza que salía en ella. Yo me reí y dije que sí, que claro, que por mí, encantado. Todo aquello me sonó a proyecto artístico de baratillo. Porque, vamos a ver, ¿a quién se le ocurre hacer una serie de dibujos animados para adultos? Poco sospechaba entonces que esa serie iba a convertirse en *Los Simpson*, y que al cabo de pocos años empezaría a ver vasos de cerveza y otros productos de la marca Duff allá donde nos llevaban nuestras giras.

Aun así, dado lo que había visto a lo largo de mi vida, tener fama de bebedor no me importaba mucho. Sin embargo, a la al-

tura de la gira de los álbumes *Use Your Illusion*, que ocupó a Guns N' Roses veintiocho meses, entre 1991 y 1993, mi nivel de consumo había alcanzado proporciones épicas. Para la gira mundial *Illusion*, el grupo alquiló un avión privado; no un *jet* ejecutivo, sino un 727 completo, alquilado al casino de MGM, con sus salas privadas y sus dormitorios tipo *suite* para los miembros del grupo. En nuestro primer vuelo, Slash y yo lo bautizamos fumando *crack* juntos. Antes de que las ruedas del aparato abandonaran el suelo (no lo recomiendo, por cierto; el olor lo invade todo). Nuestro paso por Checoslovaquia ni lo recuerdo. Actuamos en el estadio de una de las ciudades más bonitas de Europa oriental, al poco de la caída del Muro de Berlín, y solo me enteré de que había estado en ese país por el sello que encontré en mi pasaporte.

Yo ya no tenía claro si alcanzaría a ser uno de esos tíos que experimentan durante su juventud y viven para contarlo.

Todos los días me aseguraba de despertarme con una botella de vodka junto a mi cama. En 1992 intenté dejar la bebida, pero al cabo de unas semanas recaí con más ganas que nunca. No podía dejarlo. Había cruzado una frontera. Se me caía el pelo a mechones, y cuando meaba me dolían los riñones. Mi cuerpo no soportaba las embestidas del alcohol sin responder con malicia. Tenía el tabique nasal perforado por la cocaína y moqueaba continuamente, como un grifo que goteara en un urinario mal atendido. La piel de las manos y los pies se me había agrietado, tenía forúnculos en la cara y el cuello. Y para tocar el bajo, bajo los guantes tenía que llevar vendajes.

De ese pozo se puede salir de muchas maneras. Algunos entran directamente en un centro de desintoxicación, otros van a la iglesia. Otros más, a Alcohólicos Anónimos, y muchos otros acababan en una caja de pino. Y yo sentía que ese era mi destino.

A principios de 1993 estaba desfasando tanto con la cocaína que mis amigos —algunos de los cuales esnifaban o fumaban *crack* conmigo— intentaron hablarme y mantenerme alejado de mis proveedores cuando volvía a casa entre tramos de una gira. Ah, pero yo tenía mis recursos para esquivar a mis bienhechores. En Los Ángeles siempre había recursos.

Una de las mentiras que me contaba a mí mismo era que yo no era cocainómano. Porque, a ver, no iba a fiestas blancas, y nunca consumía solo cocaína. De hecho, odiaba la idea de consumir cocaína. La tomaba con fines estrictamente funcionales: usaba su efecto estimulante para evitar emborracharme y poder seguir bebiendo; a veces, durante días. Bueno, casi siempre durante días.

Y como no quería convertirme en el típico farlopero, no contaba con ninguna de esas sofisticadas trituradoras que sirven para inhalar más fácilmente el producto. Yo cogía mi paquete, lo abría, partía como podía una piedra en trozos y me introducía uno en la nariz. Y claro, me daba cuenta de que ese procedimiento tan chusco me estaba pasando factura. Tenía siempre el interior de la nariz en carne viva. A veces me escocía tanto que me doblaba de dolor.

Pero entonces se quedó embarazada la mujer de mi principal proveedor de farlopa, Josh. Y empezó a preocuparme el hecho de que ella misma no dejara la coca. Una cosa que mi poroso código ético no había perdido era la idea de que cuando solo era tu vida lo que estaba en peligro, casi todo podía considerarse divertido, pero que poner en peligro la de otra persona no era de recibo. Me negaba a tomar parte en cualquier situación que perjudicara a un tercero inocente. Y no solo por una cuestión de elemental decencia humana. Yo pertenezco a una familia muy extensa. En ese momento de mi vida tenía unos veintitrés sobrinos y sobrinas, y a todos los conocía desde su más tierna infancia. No. Yo, con Josh y su mujer, Yvette, iba a ponerme firme. Iba a insistir en que ella dejara la droga. Aún no podía predicar con el ejemplo, pero sí me ofrecí a pagarle un tratamiento de desintoxicación.

Tanto Josh como Yvette me juraron que por supuestísimo que ella lo había dejado, y que de ninguna manera iba a estar consumiendo mientras llevara al niño en su seno. Pero yo no me fiaba.

Un fin de semana, los dos vinieron a quedarse conmigo y otros amigos en una cabaña que me había comprado en Lake Arrowhead, en la montaña, al este de Los Ángeles. Josh trajo

droga, claro. Yo les había asignado a él y a Yvette uno de los dormitorios de la planta baja, y me di cuenta de que Yvette estaba colocada. Para confirmar mis sospechas, entré en su habitación y me la encontré inclinada, esnifando una raya. Ver esto con mis propios ojos me hizo comprender que me encontraba sumido en el abismo más profundo de mi vida. Perdí la cabeza. Los eché de mi casa y les dije que no quería volver a verlos. Me enfadé con ellos y conmigo mismo.

Ese mismo día dejé la cocaína. Luego pasé dos semanas brutales, sumido en el alcohol y en una profunda depresión.

Aunque los efectos de la bebida eran más visibles sin la cocaína, reducir mi consumo de alcohol —no digamos suprimirlo— me resultaba más difícil. Hoy sé lo que significa «DT». *Delirium tremens*, en su definición clínica, es una afección psicótica grave que se da en algunas personas que sufren de alcoholismo crónico, y que se caracteriza por temblores incontrolables, alucinaciones intensas, ansiedad aguda, sudores y terrores súbitos. En ese momento yo solo sabía que no era nada divertido. Me sentía fatal. Mi cuerpo se descomponía como si estuviera sometido a tratamiento de radioterapia.

Durante la gira Use Your Illusion yo había estado grabando por mi cuenta algunas canciones perdidas, colándome en distintos estudios, un proyecto que sobre todo me había servido para ocupar un tiempo que de otra manera habría dedicado a la bebida, y la verdad es que no sabía para qué quería esas maquetas. Una de ellas, mi versión del tema de Johnny Thunders «You Can't Put Your Arms Around a Memory», acabó formando parte de *The Spaghetti Incident*, el álbum de versiones que sacó GN'R al poco de terminar la gira Use Your Illusion.

En estas sesiones yo hacía un poco de todo: batería, guitarra, bajo. También cantaba, y quien oiga el disco se dará cuenta de que en algunas canciones no puedo respirar por la nariz. Y entonces, en algún momento de la gira, un empleado de la discográfica que nos acompañaba en el *tour* me preguntó que dónde me metía en mis días libres. Se lo conté. Cuando Tom Zutaut, el hombre que había fichado a los Guns para Geffen Records, oyó hablar de

estas maquetas, me preguntó si podía interesarme firmar un contrato en solitario. Me dijo que Geffen podía publicar esos temas en forma de álbum. Yo sospeché que sus razones eran mercenarias. Para entonces, Nirvana y Pearl Jam ya habían explotado, y creo que Zutaut pensó que aprovechar mis raíces de Seattle y mi relación con el movimiento punk podía ayudar al sello a resituarse a GN'R.

Pero no me importó. Para mí era la oportunidad de cumplir un sueño. Yo había crecido idolatrando a Prince, el artista que en su álbum de debut tocaba más de veinte instrumentos, ese disco que en su ficha incluía esta frase increíble: «Escrito, compuesto, interpretado y grabado por Prince».

Qué chulo, mi propio disco a la manera de Prince, haciéndolo casi todo yo mismo y distribuyéndolo por todo el mundo.

Geffen se apresuró a publicar el disco, con el título *Believe in Me*, en el verano de 1993, coincidiendo con el final de la gira *Illusion*. Axl lo recomendó sobre los escenarios de los últimos conciertos. Y hasta yo empecé a promocionarlo cuando el grupo aún se encontraba en Europa: a una firma en España acudió tanta gente que tuvo que ir la policía equipada con material antidisturbios para acordonar la calle que daba a la tienda de discos.

Yo tenía previsto iniciar mi gira en solitario inmediatamente después de las últimas citas de GN'R: dos conciertos de despedida en Buenos Aires, en julio de 1993. Mi *tour* arrancarían con sendos conciertos de presentación en San Francisco, Los Ángeles y Nueva York, y seguiría como telonero de la gira de grandes recintos de los Scorpions por Europa y el Reino Unido. Cuando volví a Los Ángeles procedente de Argentina, me reuní con el grupo de amigos y conocidos que había formado para que me acompañaran en el escenario durante el *tour*. Antes de que yo llegara, ellos ya habían empezado a ensayar. Y ahora empezamos a preparar la gira juntos, a marchas forzadas.

Axl se enteró de que yo pensaba volver a salir de gira. Me llamó por teléfono.

«¿Estás loco? Ahora no puedes volver a salir de gira. ¿Cómo se te ocurre?»

«Es lo único que sé hacer –contesté yo–. Música.»

Y también sabía que si me quedaba en casa, probablemente volvería a sumirme en la locura de la droga. No me hacía ilusiones de dejar la bebida, pero estando de gira, con una banda compuesta por viejos amigos de mi círculo punk rock de Seattle, pensaba que alguna posibilidad tenía de reducir mi consumo. Y de alejarme de la cocaína. Si me quedaba en Los Ángeles, no creía que pudiera resistir la tentación que suponía esa cocaína tan fácilmente disponible. Los representantes de GN'R asignaron también a mi gira en solitario a Rick *Truck* Beaman, el hombre que había sido mi encargado de seguridad personal en el *tour* *Use Your Illusion*. Para entonces, su preocupación por mí parecía ir más allá del deber profesional. Sentía un profundo interés personal, como amigo, por intentar limitar los daños que me estaba haciendo a mí mismo. Y ahora, por fin, nuestros objetivos coincidían... por lo menos en lo relativo a la cocaína.

Pero Axl tenía razón. Antes del primer concierto, el de San Francisco, la que entonces era mi mujer, Linda, se dio de tortas con otra chica y perdió un diente. Se puso todo perdido de sangre.

El concierto del Webster Hall de Nueva York se abarrotó de Ángeles del Infierno y hubo bronca. Yo decidí intervenir y les pedí que se calmaran a gritos.

Al final del concierto hubo gente que intentó acercarse a mi camerino. Pero yo quería estar solo.

«Estoy agotado –les dije a los encargados de seguridad–. Ahora no estoy para esto.»

En mi cabeza resonaban los versos de «Just Not There», una de las canciones de *Believe in Me* que estábamos tocando en directo:

*You know I look but just can't find the reasons
to face another day
Cause I feel like crawling up inside,
Just fading away, fading away.*¹

1. «Sabes que lo he intentado, pero no encuentro motivos / para afrontar otro día. / Solo quiero replegarme / desvanecerme...» (N. de la T.)

Seguí con la gira del disco hasta diciembre de 1993, según lo previsto. Guns N' Roses y todo su mundo aún levantaban pasiones, sobre todo en Europa. La gente conocía mis canciones y las cantaba. Salvo el teclista Teddy Andreadis, que había participado en el *tour* *Use Your Illusion* con los Guns y había empezado a girar con artistas como Carole King cuando aún era casi un adolescente, los miembros del grupo no eran muy duchos en giras por grandes estadios. Además, este grupo era un pastiche deslavazado: vivimos momentos complicados, incluyendo una pelea interna, a puñetazo limpio, en un aeropuerto de algún lugar de Europa.

Y sí, pude mantenerme más o menos alejado de la coca, pero no fue ni mucho menos una ruptura absoluta. Hubo algunos lapsus. Y cambié el vodka por el vino.

No estuvo mal esta rebaja, pero el volumen de vino no tardó en dispararse y muy pronto me estaba bebiendo diez botellas al día. Y como tanto caldo me provocaba intensos ardores de estómago, empecé a atracarme de antiácidos. No comía, pero estaba hinchadísimo. Me sentía fatal.

Al final del tramo europeo de la gira, nuestro primer guitarrista le sacó un cuchillo al conductor del autobús de Inglaterra. Tuve que despedirle (la gira, por suerte, ya había terminado). Cuando volví a Los Ángeles llamé a Paul Solger, un viejo amigo con el que había actuado en Seattle en mi juventud, y le pedí que tomara el relevo en el siguiente tramo de la gira. Desde la última vez que habíamos tocado juntos, diez años antes, Solger había dejado la bebida. Yo no, claro. Pero aceptó.

A principios de 1994, mi grupo y yo pusimos rumbo a Japón. Allí coincidimos con los Posies, una veterana banda de jangle pop de Seattle. Vinieron a nuestro concierto y dijeron que les gustaba eso de que la nueva versión de mi grupo fuera una especie de banda multiestelar de punk rock de Seattle. Bueno era saberlo: yo seguía siendo el chico de Seattle.

Después de Japón tuvimos unas semanas de descanso. La siguiente etapa de la gira sería en Australia, y mientras tanto yo me volví a Los Ángeles.

En casa me sentí morir. Me sangraban las manos y los pies. Tenía hemorragias nasales constantes. Cagaba sangre. Me supuraban las llagas que cubrían mi piel. En mi casa de Los Ángeles flotaban los fétidos efluvios de mi cuerpo en ruinas. Y de pronto me vi levantando el teléfono para decirles a mis representantes y a los chicos del grupo que no íbamos a Australia.

Me había comprado una casa en Seattle, una casa de ensueño, en pleno lago Washington, y ahora sentía su reclamo. La había comprado hacía unos años, sin verla, en un barrio en el que en mi infancia me había dedicado a robar coches y barcos. Pero la interminable gira *Use Your Illusion* apenas me había dejado disfrutarla. Y entonces pensé que podía ser el sitio adecuado para intentar recuperarme, relajarme, recargar pilas.

El 31 de marzo de 1994 salí hacia el aeropuerto de Los Ángeles para tomar un avión a Seattle. Kurt Cobain estaba esperando el mismo vuelo. Nos pusimos a hablar. Él acababa de salir de un centro de desintoxicación. Los dos estábamos bastante jodidos. Acabamos sentándonos juntos y nos pasamos todo el viaje hablando, pero no entramos en ciertos asuntos: yo estaba en mi infierno y él en el suyo, y creo que los dos entendíamos eso.

Al aterrizar en Seattle, de camino hacia la zona de recogida de equipajes, pensé en invitarlo a venir mi casa. Me había parecido que esa noche se sentía solo, que estaba solo. También era así en mi caso. Pero en la terminal había riadas de gente. Yo formaba parte de una banda de rock muy conocida y él también. Avanzamos juntos, encogidos, mientras la gente nos miraba. Mucha gente. Perdí el hilo de mis pensamientos por un momento y, mientras tanto, Kurt desapareció en dirección a una limusina que le estaba esperando.

Cuando llegué a mi casa de Seattle, me detuve en el camino de entrada y miré al tejado. Yo había comprado una casa vieja y con goteras, y había pagado para que cambiaran el techo de madera. Al nuevo tejado se le presumía una durabilidad de veinticinco años, y mirándolo entonces, pensé que tenía gracia: yo no iba a sobrevivir a ese tejado. Aun así, vivir en esa casa me permitía creer que por fin lo había conseguido, que había logrado vivir en ese sitio, en una zona de la ciudad como aquella.

Unos días después, me llamó mi mánager para decirme que Kurt Cobain había aparecido muerto en su casa de Seattle, después de llevarse una escopeta a la cabeza. Me avergüenza decir que cuando oí la noticia no sentí nada. En mi grupo había habido muchas sobredosis. Yo mismo había perdido el control de mi hábito. Mi cuerpo se descomponía. No llamé a los compañeros de grupo de Kurt, Dave Grohl y Krist Novoselic. Pensé que mi pésame no tendría sentido alguno. Unos años antes me había peleado con Krist en el *backstage* de los premios MTV, en los que habían actuado los Guns y Nirvana. Yo había oído lo que me pareció un comentario despectivo contra mi grupo por parte de Nirvana y había montado en cólera. En mi aturdimiento étlico, fui a por Krist. En aquel entonces, mi solución para cualquier conflicto se reducía a usar los puños. Kim Warnick, de los Fastbacks, la primera banda auténtica con la que toqué de niño en Seattle, me llamó al día siguiente de la entrega de premios y me echó una bronca. Se me cayó el alma a los pies. Y ahora me sentía más triste todavía. Me quedé mirando el teléfono, incapaz de marcar un número para disculparme por el incidente de aquel día y para darles el pésame a él y a Dave.

Y tampoco es que la muerte de Kurt influyera en absoluto en mi manera de gestionar mi propia crisis. No la gestionaba y punto. Hasta un mes después.

Cuando GN'R alcanzó un éxito desmedido y yo perdí el control de mi mundo, mis tres mejores amigos de la infancia —Andy, Eddy y Brian— no dejaron de llamarme y de venir a Los Ángeles. En la recta final de la gira, yo ya no quería que estos amigos me vieran mucho. Yo ya estaba jugando con fuego. Pero ellos veían las fotos que salían en las revistas y las entrevistas de la MTV. Y yo los llamaba por teléfono muy a menudo. Y muchas veces llamaba borracho, y a horas intempestivas. Durante la gira, creo que llamaba a Andy cada dos días. Él me defendía allá en Seattle. Le decía a la gente que ellos no sabían cómo era mi vida, los problemas que tenía. Me protegía. Pero yo sabía que él iba a querer hablar conmigo, tener esa charla que mi madre no podía tener. Yo sabía que entonces que ya no estaba de gira, era cues-

tión de tiempo: o me moría, o Andy hablaba conmigo. Y yo no sabía lo que haría cuando habláramos. El 9 de mayo de 1994, me fui a dormir con esa idea en la cabeza, aunque aturdido por las diez botellas de vino que había consumido ese día.

En la mañana del 10 de mayo, me desperté en mi nueva cama sintiendo un fuerte dolor de estómago. Yo ya sabía lo que era el dolor, sabía lo que era la sensación nauseabunda que provocaba el hecho de que mi cuerpo no anduviera fino. Pero esto era otra cosa. Era un dolor inconcebible, como si alguien me clavara un cuchillo sin filo y lo retorciera dentro de mis vísceras. Un dolor tan intenso que ni siquiera pude llegar al borde de la cama para llamar al teléfono de emergencias. Estaba paralizado de dolor y de miedo, entre gemidos.

Allí estaba yo, desnudo en la cama, en la casa de mis sueños, una casa que había comprado con la esperanza de vivir en ella con mi propia familia algún día.

Permanecí ahí tendido durante lo que me pareció una eternidad. El silencio de la casa vacía resonaba en mis oídos con la fuerza de mis ásperos y apagados gemidos. Yo nunca había deseado que alguien acabara con mi vida, pero era tal mi sufrimiento que habría preferido que alguien acabara con aquella tortura.

Entonces oí como Andy, mi mejor amigo de la infancia, entraba por la puerta de atrás. Dijo «¿qué hay?», como hacía desde que éramos niños. *Andy, estoy arriba*, quise decirle. Pero no pude. Solo podía llorar en silencio. Le oí subir las escaleras, debía de haber visto mi cartera en la cocina. Llegó arriba y recorrió el pasillo.

«Mierda, ya ha pasado», dijo cuando entró en mi habitación.

Yo agradecía tener a mi amigo conmigo. Me reconfortaba pensar que iba a morir en presencia de Andy. Pero él tenía otro punto de vista. Me echó algo de ropa de chándal encima e intentó moverme. Creo que tuvo una descarga de adrenalina, porque si no, no me explico que pudiera cargar los noventa kilos de un cuerpo hinchado que no respondía. Mientras me bajaba por las escaleras y me llevaba hasta su coche, el terrible dolor que se clavaba en mis testículos se extendió a mis cuádriceps y a la parte baja de mi espalda. Quería morirme.

Y como el médico que yo tenía desde que era pequeño vivía solo a dos manzanas de distancia, allí me llevó Andy. El doctor Brad Thomas era mi médico de toda la vida, pero yo no había dejado que me viera mucho desde que había caído en el alcoholismo agudo. Juntos, Andy y el doctor Thomas me llevaron a su consulta de la planta baja. Oí como hablaban de mi dolencia y sentí el pinchazo de una aguja en el culo. Demerol. Nada. Otro chute de Demerol en el culo, y nada, ningún alivio. Otro pinchazo. Nada. El dolor seguía extendiéndose y yo empecé a sentir pánico. Entre gemidos, fui perdiendo la conciencia de lo que me rodeaba.

Decidieron llevarme a urgencias del hospital Northwest. El doctor Thomas le dijo a Andy que me llevara en coche, porque sería más rápido que esperar una ambulancia. Dijo que nos veríamos allí. Andy condujo lo más rápido que pudo sin dar demasiadas sacudidas, porque el menor movimiento me arrancaba lágrimas y gemidos.

En el hospital, mientras me ponían un goteo de morfina en el brazo izquierdo, los sanitarios me hacían preguntas que yo no podía contestar.

«¿Nombre? ¿Dirección?»

Andy respondió a estas preguntas.

«¿Cuánto bebe al día?»

«¿Ha ingerido drogas ahora mismo?»

Contesté con un gemido.

Estaba mudo de dolor. La morfina no estaba produciendo el efecto que yo sabía que tenía. Y yo ya sabía algo de opiáceos. Conocía la oleada de calor que ofrecían, pero ahora no la sentía.

Me llevaron a una habitación en la que también había un tío que estaba tumbado en una camilla. El movimiento hizo que me retorciera de dolor.

«Me he roto la espalda, tío –dijo el de la otra cama–. Y me alegro de no tener lo que tienes tú.»

El doctor Thomas y un ecógrafo me hicieron un escáner. Vi cómo mi médico empalidecía. Me había estallado el páncreas. Por lo visto, el alcohol lo había hinchado como un balón de fútbol.

bol. Las enzimas digestivas que había liberado el órgano dañado me habían causado quemaduras internas de tercer grado. Son pocas las partes del interior del aparato digestivo que soportan las enzimas, y el exterior de los órganos y los músculos del estómago no se cuentan entre ellas. Queman sin contemplaciones esta clase de tejidos.

Un cirujano de gafas gruesas me explicó cómo sería la operación. Tenían que extraer la parte superior del páncreas. Rebanarla y recoserme. Y luego tendría que someterme a diálisis el resto de mi vida.

De pronto comprendí las súplicas de los pobres desgraciados que en la antigüedad seguían con vida después de haber sido atravesados con una espada herrumbrosa o escaldados en aceite hirviendo. Yo estaba pasando por lo mismo.

Reuní fuerzas para susurrarle estas palabras al médico de urgencias.

«Máteme.»

Supliqué una y otra vez.

«Máteme, se lo suplico. Máteme. Máteme. Por favor.»